

sorteo... Mi hermano sacó un mal número, le tocaba ser soldado. Yo saqué un número bueno, yo no debía ser soldado. Y dijo papá: «No tengo más que un hijo y he de separarme de mi hijo!»

»Yo entonces le tomé la mano y le dije: «Por qué decís esto,



papá? Venid conmigo, pues yo tengo algo que deciros». Y papá vino y juntos nos sentamos á la mesa, en una taberna de la ciudad, y yo pedí un poco de cerveza, y nos la trajeron, y bebimos todos; mi hermano bebió también.

»Papá, empecé yo diciendo, por

qué habéis dicho que no tenéis sino un hijo y que os tendréis que separar de él?... Mi corazón quiere salirse del pecho cuando esto oigo. Mi hermano no será soldado, porque yo seré soldado por él... Karl no hace aquí falta á nadie, y Karl será soldado!...

—«Vos sí que sois un hombre honrado, Karl Ivanovitch», dijo papá, y me besó en la frente.

»Y yo fui soldado!»



IX

Continúa la historia de Karl Ivanovitch

ERA entonces un tiempo terrible, Nikolénka—continuó diciendo Karl Ivanovitch.—Napoleón andaba por el mundo; quería conquistar Alemania, y nosotros defendimos la patria hasta la última gota de nuestra sangre! Estuve en Ulm! Estuve en Austerlitz! Estuve también en Wagram!...

—De modo que habéis hecho la guerra también?—dije yo mirándole con gran extrañeza.—Habéis matado también hombres?

Karl Ivanovitch me tranquilizó enseguida respecto á este punto.

»Una vez, un granadero francés que se quedó algo atrás, perdiendo casi de vista á los suyos, se cayó del caballo y quedó tendido en medio del camino. Corrí hacia él y levanté el fusil para atravesarle el pecho, pero el francés tiró lejos sus armas y con voz plañidera me pidió perdón... y lo dejé!

»En Wagram, Napoleón logró encerrarnos en una especie de islote y supo rodearnos tan bien, que no nos quedó medio ninguno de salvación. Durante tres días estuvimos sin víveres y además con el agua hasta las rodillas. El maldito Napoleón ni pensaba al parecer en apoderarse de nosotros ni nos dejaba libres.

»El cuarto día, sin duda por haberse apiadado Dios de nosotros, nos hizo Napoleón prisioneros y se nos condujo á una fortaleza. Yo llevaba un hermoso pantalón azul, un magnífico uniforme, un reloj

de plata, regalo de papá, y quince thalers, de todo lo cual se apoderaron los soldados franceses. Por dicha mía, tres luíses que mi madre me había dado los tenía cosidos en mi ropa interior, y no me los encontró nadie.

»Pero yo no quise estarme mucho tiempo en la fortaleza y me decidí á buscar los medios para huir. Un día que era no sé qué gran fiesta, dije al sargento de guardia: «Señor sargento, hoy es



gran fiesta y yo la quiero celebrar; traed, si queréis, dos buenas botellas de *madera*, yo lo pago, y nos las beberemos en buena compañía». El sargento dijo: «Está bien», y trajo las botellas; cuando hubimos bebido juntos un par de tragos, le tomé la mano y estrechándosela con efusión le dije: «Señor sargento, vos tenéis también quizás un padre y una madre...» «En verdad que sí, señor Mayer», dijo el sargento. «Mi padre y mi

madre, proseguí diciendo, no me han visto desde hace ocho años, ni siquiera saben si estoy vivo ó si mis huesos yacen ya bajo la tierra húmeda. Oh! señor sargento, dos luíses tengo secretamente guardados... Vuestros serán si me dejáis partir. Sed mi bienhechor ahora, y mamá, mientras viva, rogará por vos al Señor todopoderoso!

»El sargento bebió otro vaso de vino, y dijo: «Señor Mayer, yo os quiero mucho y os compadezco; pero vos sois un prisionero y yo soy un soldado». Yo estreché su mano, y dije: «Señor sargento!...» El sargento repuso: «Vos sois pobre y yo no tomaré vuestro dinero, pero os ayudaré. Cuando yo me haya ido á dormir, comprad una buena botella de aguardiente para los soldados: ellos beberán y se dormirán, yo os doy palabra de que no veré nada.»

»Era un buen hombre. Compré el aguardiente y cuando estuvieron borrachos los soldados, tomé mis botas, una manta vieja que tenía, y tan quietamente cómo pude salí fuera. Me dirigí hacia las murallas y quise saltar, pero había en los fosos mucha agua y no quise echar á perder mi único vestido, por lo cual me dirigí hacia la puerta.

»El centinela se paseaba por delante de la puerta con el fusil al hombro, y gritó: *Quién vive!* por la primera vez. Yo me callé, y el centinela dijo: *Quién vive!* por segunda vez. Yo me callé también y entonces el centinela por la tercera vez gritó: *Quién vive!* En aquel punto yo me tiré abajo de la muralla, atravesé el foso y empecé á correr...

»Durante toda la noche corrí siguiendo la carretera, y temiendo que pudiesen reconocirme, me escondí en medio de los altos bosques. Allí me arrodillé, junté las manos y dí gracias al Padre del Cielo por haberme salvado, y ya completamente tranquilo me dormí...



»Al llegar la noche desperté y me fui más lejos. De pronto ví avanzar por el mismo camino que yo seguía

un gran carro alemán tirado por dos caballos negros, el cual me alcanzó enseguida. En el carro iba un hombre muy bien vestido, fumando su pipa, y al cruzarse conmigo me miró largamente. Yo probé de acortar el paso para que el carro me avanzase pronto, pero cuanto más despacio caminaba yo más también acortaba su marcha el maldito carro, y el hombre que en él iba no cesaba de mirarme. Me puse á andar más aprisa y el carro también anduvo más aprisa, y el hombre mirándome siempre. Me senté entonces al borde del camino, y el hombre hizo parar el carro, sin dejar un punto de mirarme: «Joven, dijo entonces, á dónde vais tan tarde?» Yo contesté: «Voy á Francfort». — «Subid á mi carro, hay sitio sobrado y os llevaré hasta allá... Pero, decidme: por qué no lleváis equipaje ninguno, por qué no vais afeitado, y por qué lleváis el traje lleno de polvo y barro?» — Todo eso me preguntó apenas me vió sentado á su lado. «Soy un pobre hombre, le dije, y voy á la ciudad en busca de trabajo, no importa cuál, y llevo el traje lleno de barro porque me he caído en el camino». — «No me decís toda la verdad, joven; el camino está completamente seco en estos tiempos». — Yo me callé. — «Decidme la verdad, prosiguió luego el buen hombre; quién sois y á dónde vais? Vuestra presencia me ha interesado, y si sois de veras un hombre honrado, yo os ayudaré.»

»Entonces se lo conté todo, y el buen hombre dijo: «Excelente joven, os vendréis conmigo á mi fábrica de cuerdas, os daré

trabajo allí, os daré dinero, podréis compraros vestidos y viviréis en mi casa».—Yo dije: «Está bien».

»Llegamos á la fábrica de cuerdas y el buen hombre dijo á su mujer: «Ahí tienes á un joven que ha combatido por su patria; hecho prisionero, ha logrado escaparse, y ahora no tiene ni vestidos, ni pan, ni casa, y vivirá con nosotros. Dale enseguida ropa limpia y algo que comer».

»Estuve en la cordelería cosa de un año y medio, y me quería tanto mi patrono que de ningún modo me dejaba partir. Era muy bueno para mí. Yo era entonces un buen mozo, joven, de elevada estatura, ojos azules, nariz romana... y la señora L... (no puedo decir su nombre) la esposa de mi patrono era joven también y muy bella... y me amó.

»Un día me vió á solas y me dijo: «Señor Mayer, cómo os llamaba vuestra madre?—Yo dije: «*Karlchen*».

»Y entonces ella dijo: «*Karlchen*, sentaos aquí, á mi lado».

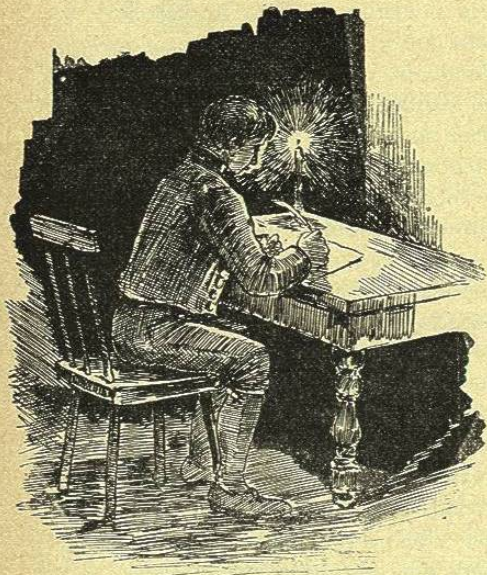
»Me senté donde me ordenaba y me dijo: «*Karlchen*, dadme un beso».

»Yo la besé y ella dijo entonces: «*Karlchen*, yo os amo con todo el corazón, y no puedo ya más...» Y diciendo esto temblaba toda».

En este punto hacía siempre Karl Ivanovitch una larga pausa, movía de un lado á otro sus azules ojos, inclinaba ligeramente hacia atrás la cabeza y se sonreía como se sonríe bajo la influencia de un recuerdo muy agradable.

»Sí, decía luego arrellenándose en el sillón y arreglándose los pliegues de la bata, en mi existencia ha habido mucho malo y mucho bueno, y ahí está el testimonio de lo que digo, añadió se-

ñalando una imagen del Salvador, bordada sobre seda y colgada en la cabecera de su cama; nadie puede decir que Karl Ivanovitch



sea un mal hombre! No quise pagar con una ingratitud el bien que se me había hecho en casa del cordelero y decidí abandonarla secretamente. Por la noche, cuando se hallaban ya todos durmiendo, escribí una carta dirigida á mi patrono, la dejé sobre la mesa de mi cuarto, tomé mis ropas con tres thalers de plata que tenía ahorrados, y sin que nadie me sintiese, me salí á la calle. Nadie me había visto ni oído y emprendí en medio de la noche mi camino».



X

Acaba la historia de Karl Ivanovitch

HACIA ya nueve años que no había visto á mi madre, é ignoraba si vivía aun ó si yacía para siempre bajo la húmeda tierra. Me fuí derechamente á mi país; al llegar al pueblo, pregunté por la casa de Gustavo Mayer, antiguo colono del conde de Sommersblatt, y me dijeron: «El conde murió hace tiempo, y Gustavo Mayer vive ahora en tal calle, donde tiene una gran taberna». Me puse un chaleco nuevo y una buena casaca, regalo del fabricante de cuerdas, y me dirigí hacia la taberna de papá. Mi hermana María estaba sentada en el portal de la tienda y me preguntó lo que quería: Yo dije: «Podéis servirme un vasito de aguardiente?» Y la muchacha gritó: «Padre! hay un joven que pide un vasito de aguardiente». Y el padre contestó desde muy adentro: «Sirvele á ese joven lo que pide». Me senté junto á una pequeña mesa, y mientras bebía mi licor y fumaba mi pipa, consideré despacio á papá, á María y á mi hermano Juan, que acababa de entrar en la tienda. Hablando con todos ellos, me dijo de pronto papá: «Sabríaís vos, tal vez, dónde se halla ahora *nuestro* ejército?—«Yo vengo precisamente de por allá; se halla ahora cerca de Viena».—«Nuestro hijo era soldado, hizo papá, mas hace ya nueve años que no nos ha escrito una sola línea y no sabemos si está vivo ó muerto. Mi

mujer llora todo el santo día...» Lancé al aire una bocanada de humo y exclamé: «Cómo se llama vuestro hijo y dónde servía? Quizás yo le conozca...»—«Se llama Karl Mayer, y servía en los cazadores austriacos, dijo papá».—«Era de elevada estatura y tan bello como vos», añadió mi hermana María. Yo dije entonces:—«Pues, yo conozco á vuestro Karl».—«Amalia, gritó mi padre, ven, ven enseguida; aquí está un joven que conoce á nuestro Karl!» Y mi querida mamá entró por la puerta del fondo; yo la reconocí inmediatamente. —«Conocéis á nuestro Karl?» dijo mirándome, pálida como una muerta y temblando toda.—«Sí, le he visto...» Y no me atrevía á levantar los ojos sobre ella, pues el corazón se me quería saltar del pecho.—«Mi Karl está vivo! exclamó mamá. Dios sea loado! Dónde está mi Karl? Moriría tranquila, si pudiese volver á ver, una vez siquiera, á mi hijo bien amado; pero Dios no lo quiere!» Y lloró mi madre amargamente; yo no pude más, y exclamé:—«Mamá! Yo soy vuestro Karl!»—Y mi pobre madre cayó en mis brazos.



Karl Ivanovitch cerraba los ojos y sus labios temblaban, murmurando en alemán sus últimas frases. Después continuó: «Pero Dios no quiso que yo acabase mis días en mi país; yo estaba destinado á ser infeliz... No estuve en mi casa más que tres meses. Un domingo en el café, mientras bebía mi cerveza y fumaba mi pipa, con un camarada estuvimos hablando largamente de política, del Emperador, de la Guerra, de Napoleón, diciendo cada cual lo que entendía ó sabía. Cerca de nosotros estaba sentado un sujeto con un casacón gris; tomaba café, fumaba y ni una sola vez se mezcló en nuestra conversación. Cuando dió el reloj las diez, tomé mi sombrero, pagué el gasto y me fuí á casa. A cosa de media noche llamaron á la puerta. Yo me desperté y dije: «Quién va?»—«Abrid».—Yo dije: «Abriré si me decís quién llama». —«Abrid en nombre de la justicia», dijeron entonces tras la puer-

ta, y yo abrí. Junto á la puerta se quedaron dos soldados y entró en la estancia el sujeto desconocido que estaba en el café. Era un espía! «Seguidme!» dijo el hombre.—«Está bien» yo contesté... me puse las botas, el pantalón, los tirantes, y mientras esto hacía paseábame por el cuarto. Algo removíase en mi corazón, y yo me decía: es un cobarde!... De pronto me acerqué á la pared donde tenía colgado mi sable, lo tomé bruscamente y dije: «Eres un espía, defiéndete!» Dí rápidamente un pase á la derecha, otro á la izquierda, y dirigí el tercer golpe sobre la cabeza del mal hombre... El espía cayó á mis pies.



»Tomé mi maleta, el dinero que pude y salté por la ventana... Fuí á parar á la ciudad de Ems, en donde conocí al general Sazin. Me llegó á querer muchísimo, y cuando se fué á Rusia, me procuró un pasaporte del Embajador y me llevó consigo para que fuese el preceptor de sus hijos. Cuando el general Sazin murió, me llamó á su casa vuestra madre, y me dijo: «Karl Ivanovitch! A vos os confío mis hijos, amadles y yo no os abandonaré jamás, yo aseguraré el reposo de vuestra ancianidad!» Ahora ya no existe la pobre, y todo se ha olvidado. A cambio de mis veinte años de fieles y devotos servicios, véome ahora obligado, en mi avanzada edad, á andar errante por las calles en busca de un pedazo de pan duro. Dios lo ve todo, lo sabe todo, y ésta es su santa voluntad! Por vosotros, hijos míos, tengo yo pena...» acabó diciendo Karl Ivanovitch, y cogiéndome una mano me atrajo hacia sí y me besó en la frente.



XI

El primer "Uno"

DESPUÉS de todo un año de severo luto, nuestra abuela se rehizo un poco del gran dolor que la había tan hondamente herido, y empezó, aunque raramente, á recibir algunas visitas, sobre todo niños de nuestra edad, amigos y camaradas nuestros.

El día en que se cumplía el aniversario del nacimiento de Lubotchka, el 13 de diciembre, antes de comer, llegó á casa la princesa Kornakova con sus hijas, la señora Valakhina con Sonitchka, Ilinka Grap y los dos más jóvenes de los Ivine.

Los rumores de las conversaciones, las risas y las idas y venidas de los convidados subían claramente hasta nosotros, pero nosotros no podíamos juntarnos con ellos hasta que no hubiésemos terminado las clases de la mañana. En el cuadro que había en la sala de estudio leíase: *Lunes, de 2 á 3, maestro de historia y de geografía*; y precisamente aquel día nos tocaba aguardar á ese maestro de historia, escuchar su lección y despedirnos de él, antes que pudiésemos quedar libres. Eran ya las dos y veinte minutos y el maestro de historia no parecía por ninguna parte, aunque yo no dejaba de mirar hacia la calle por donde había de venir... con el más ardiente deseo de no verle nunca más.

—Diríase que Lebediev no vendrá hoy, —hizo Volodia, apartando un momento la vista del libro en que estudiaba su lección.

—Hiciéralo Dios... pues yo no sé absolutamente nada. No